

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 22 mayo 2019

Textos de referencia: L. Giussani, ¿Por qué la Iglesia?, Encuentro, Madrid 2014, pp. 325-330; «Introducción», de J. Carrón en los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de CL titulados ¿Hay algo que resista el embate del tiempo?, supl. a Huellas, n. 6/2019.

- *Ballata del potere*
- *Come my Way, my Truth, my Life*

Gloria

Empezamos nuestro trabajo sobre los Ejercicios de la Fraternidad y el manifiesto para las elecciones europeas. Una persona me ha mandado esta pregunta: «En la introducción de los Ejercicios de la Fraternidad, se define el afecto a uno mismo como “apego lleno de estima y de compasión, de piedad, hacia ti mismo”. Quería preguntarte cómo se pone en juego en la vida cotidiana esta estima, esta compasión y piedad con uno mismo». Resulta significativo que esta pregunta se repita y documente de muchas maneras, porque demuestra cuánta necesidad tenemos, como todos, de esta estima, de este afecto en la vida cotidiana.

Soy estudiante universitaria, y quería contarte lo que pasó en la última Escuela de comunidad. Partíamos de la pregunta de un amigo: «Últimamente no puedo participar en todas las cosas que se proponen con la promesa de poder llegar a ser más yo mismo; entonces, ¿dónde se juega esta posibilidad para mí ahora?». Intervinieron algunos y las preguntas resultaban cada vez más apremiantes: «¿por qué vengo aquí?», «¿qué sucede cuando vengo?». Me daba la sensación de que no estaba saliendo el corazón de la cuestión, hasta que un amigo mío volvió a leer en las últimas páginas de la introducción de los Ejercicios la conclusión de una contribución: «Pero entonces, ¿por qué vengo [a los Ejercicios]? Vengo, pienso yo, por lo único que creo poder definir como una constante: un indestructible atractivo último de algo que vive en el movimiento y de lo que no consigo separarme. Vengo para buscar lo único de lo que tengo verdaderamente nostalgia»; y mi amigo añadió: «Es decir, por esa mirada de preferencia última que espera nuestro ser. Con esto, yo puedo ir a cualquier parte». Había centrado el punto. Yo, por cansancio y por el sentimiento que me provocaba ese instante, habría preferido quedarme en silencio, pero aún había algo que decir, que debía decir a mis amigos y a mí misma; debía decir lo que ha pasado en mi vida gracias al movimiento, porque a través de esos rostros, a través del movimiento, he podido experimentar esta mirada de preferencia última, que para mí ha sido tan correspondiente y totalizante que poco a poco ha llegado a determinar el origen de toda mi acción. Es algo que me he encontrado dentro y que ha ido plasmando gratamente cada aspecto de mí misma. Las decisiones más importantes de mi vida han nacido del amor de esta mirada, lo que ha supuesto elegir una carrera hace cuatro años, estar de cierta manera ante los dramas de mi familia y decidir hace unos años irme a vivir a un apartamento. Lo increíble es que esta mirada se ha convertido en un origen y en un fin. De hecho, ha empezado a generarme y, para ser generada así, necesito moverme continuamente buscando Sus rasgos. Nada me preocupa más que esto: este Cristo que me ha alcanzado y del que ya no puedo prescindir. Por eso, si lo que nos decimos aquí queda confinado en esta habitación, en esta circunstancia, en estos rostros, corremos el riesgo de vivir en una burbuja perdiendo el tiempo. Pero si se introduce la hipótesis de que el texto de los Ejercicios, los hechos que nos contamos, las preguntas que tenemos, pueden tener que ver con nuestra vida entera, con esta mirada podremos ir a cualquier parte. Mientras decía estas cosas, me sorprendí conmovida por tener un corazón que empieza a arder por esa mirada que recibo continuamente. Creo que no podemos estar juntos por menos de esto.

Este es un ejemplo de respuesta a la pregunta del canto inicial: «¿Cómo puede esperar un hombre?». Un hombre puede esperar –como dices–, puede tener afecto por sí mismo, solo por la experiencia histórica de un encuentro con “algo” que es capaz de despertar una pasión por sí mismo, “algo” que sucede en un lugar preciso y que se encarna en un verdadero gesto de amistad. Para poder responder a todas las cuestiones que nos urgen en la vida, debemos estar atentos a dónde sucede esto.

Lo mío es más bien un agradecimiento por todo lo que pasó el viernes por la noche en los Ejercicios de la Fraternidad. La primera lectura de la introducción suscitó en mí, inmediatamente, dos reacciones. Por una parte, la sorpresa de una lúcida fotografía de mi vida cotidiana, marcada por el cansancio y el malestar por una vida que arrasa como una riada, sin margen para el protagonismo ni para el reposo, en todos los contextos (familia, trabajo, amistades, relaciones). Por otra parte, la sensación de que el tema en cuestión era un poco de “perdedores”, a años luz de la imagen de ostentosa seguridad del “ciellino de granja” –son muchos años en el movimiento–. Pero luego, volviendo a retomar la introducción, y sobre todo viviendo, me he dado cuenta de algo que tenía delante y no veía. Aquel viernes por la noche hubo un gesto de verdadera amistad, el mayor que podía esperar. Solo me di cuenta en las semanas siguientes, cuando, dentro del torbellino y las desilusiones de la vida diaria, muchas pequeñas cosas me ayudaban a levantar la cabeza y, casualmente, todas tenían que ver con el movimiento. Nada más, ningún otro lugar, tenía esa incidencia tan resolutiva, tan positiva, aunque breve, en el caos de mi vida. Una mañana, escuchando el audio de la introducción, cada palabra dicha sonaba como la invitación de un amigo que lo había entendido todo de mí (no era solo una cita o una descripción que no tuviera nada que ver conmigo o con mi vida) y que me proponía un camino juntos. Así entendí que aquel viernes en Rímini no se congregó un foro de especialistas en malestar moderno proponiendo recetas para superarlo. Era sencillamente un lugar, una presencia, discreta, paciente, como es el movimiento, al que sigo misteriosamente apegado. Me urge tener una amistad así, con destellos evidentes de una vida hermosa, sin los cuales yo viviría desesperado y, probablemente, cínico. Gracias.

Impresiona lo que dices: «me he dado cuenta, sobre todo viviendo...». A pesar del cansancio y el malestar de la vida diaria, solo viviendo se puede comprender una propuesta: «me he dado cuenta de algo que tenía delante y no veía». Solo podemos comprender si vivimos, si estamos presentes en las cosas y nos comprometemos con lo que vivimos. De otro modo, podemos tener algo delante y no verlo. Esto siempre me sorprende. Entonces, cuanto más nos comprometemos con la vida, más percibimos las propuestas que nos hacemos, los gestos que vivimos, como actos de verdadera amistad, como te ha pasado a ti. No porque ya nos conozcamos. Es la primera vez que tú y yo nos vemos. ¿Por qué has sentido mis palabras en Rímini como un gesto de amistad? Porque amigo es aquel que te despierta, que te ayuda a caminar hacia la meta; y esta ayuda, como decía don Giussani, se percibe también, o quizás sobre todo, en lo que se dice delante de todos; no necesitamos momentos particulares entre nosotros; evidentemente, si conseguimos vernos es mejor, yo me alegro de poder mirarte a la cara ahora, pero no siempre es posible y, como tú documentas, no es necesario. Lo único necesario es que suceda a través de alguien que me despierte y que yo, si mi vida me interesa, pueda interceptarlo, ligando mi vida a ello, al lugar en que me sucede esto: «Ningún otro lugar tenía esta incidencia, cada palabra dicha sonaba como la invitación de un amigo». Esto te ha llevado a un paso de conciencia: «Me urge una amistad así», que dure en el tiempo y constantemente te sostenga. En cambio, a veces pasa que las relaciones no duran, como escribe uno de vosotros: «Hay una herida que llevo dentro. En estos últimos dos años, ciertas relaciones, a través de las cuales la presencia de Cristo se ha hecho carne, se han ido desvaneciendo progresivamente, hasta el punto de que ya ni siquiera nos vemos. Me he tomado muy en serio el hecho de que la primera preferencia hacia mí sea la de Cristo que me ha cautivado, y por eso dentro de la normalidad de las cosas es donde las relaciones pueden cambiar. He trabajado en ello, entretanto han nacido otras relaciones, inesperadas, donadas, sin embargo percibo en mí un cinismo de fondo que me lleva a pensar: si se han vuelto formales aquellas que eran relaciones veredaderas, de años, entonces estas también pueden acabar así. Y se me ha venido encima una insatisfacción inmensa. Luego los Ejercicios descubrieron todas mis cartas, y

la pregunta se ha hecho aún más fuerte: ¿qué es lo que dura?», cuando ni siquiera duran las relaciones mediante las cuales la presencia de Cristo se ha hecho carne para mí. Y continúa: «Si relaciones verdaderas acaban en nada, ¿qué es lo que dura? Porque yo tomo afecto a la carne, esa carne no es una masa informe, está hecha de rostros concretos, y cuando faltan no da igual. Intento tranquilizarme, pero no lo consigo, porque yo necesito esta preferencia para vivir. Me doy cuenta de que me apoyo en personas, no en Cristo, pero no logro hacer esta diferencia». En la Escuela de comunidad hemos estudiado que las relaciones que tenemos, por la gracia que nos ha sido dada, pasan a través de nuestra libertad. Consecuentemente, también las relaciones verdaderas, las que hemos sentido como verdaderas por razones que todos conocemos, pueden decaer. Pero esto saca a la luz la cuestión, es decir, el desafío del reconocimiento. Como decíamos en la primera lección de los Ejercicios, los discípulos también tuvieron que afrontarlo en sus circunstancias, hasta llegar al reconocimiento de quién era Cristo. Si en las relaciones verdaderas que tenemos no reconocemos a Aquel que nos sale al encuentro a través de ellas, cuando por cualquier razón uno u otro ya no responde como debería o como queríamos, decae también la certeza sobre Cristo. En este periodo, la liturgia del tiempo de Pascua nos invita a leer el Evangelio de san Juan. Me sorprende que Jesús le diga a los discípulos: «El que cree en mí no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado» (Jn 12,44). Es fundamental entender esto, de hecho Jesús no se quedará con ellos en la forma histórica en que lo conocieron; es más, les dirá: «Os conviene que yo me vaya», porque si no me voy, no os daréis cuenta de lo que os ha sucedido (cfr. Jn 16,7). Por eso tenemos que hacer un trabajo, para descubrir qué es lo que dura incluso en esas relaciones que pueden no durar, qué es lo que hay dentro de la cara del otro, en el vínculo con él, que es lo que dura.

Por segundo año consecutivo, mi marido y yo no hemos podido participar en los Ejercicios. Lamentablemente, los numerosos problemas de salud en nuestra familia nos están pidiendo la obediencia de no estar fuera de casa más de unas horas, como mucho. Al recibir tu pregunta sobre qué resiste el embate del tiempo, me sentí provocada vivamente. Podría mirar la situación que estamos viviendo mi marido y yo como una gran desgracia que nos ha pasado, pero en esta circunstancia estamos tocando con nuestros dedos lo esencial, estamos experimentando lo que significa la preferencia; en la fatiga cotidiana nunca nos hemos sentido solos ni abandonados. La caricia del Padre nos toca continuamente, en lo cotidiano siempre hay ocasiones para experimentarlo: un rostro, un mensaje, una persona. No estamos solos, estamos en Sus manos y en esta experiencia todo está salvado. Te damos las gracias porque esto es posible gracias a la obediencia al trabajo que tú nos has propuesto, empezando por el trabajo cotidiano de la Escuela de comunidad.

Me sorprende lo que dices porque incluso en una circunstancia como esta (no poder participar en ciertos gestos por circunstancias inevitables), si uno ha hecho el camino que Jesús propone a los discípulos, no se encuentra solo; precisamente esa circunstancia, ese momento, ha sido para vosotros la ocasión de experimentar una preferencia, «la caricia del Padre», en el rostro de las personas que habéis encontrado. Como dice Jesús, «el que cree en mí no cree en mí, sino en aquel que me ha enviado». Tú no has hecho un comentario a la cita de san Juan que he leído, pero has descubierto dentro de la experiencia la verdad de esas palabras, y esto es lo que hace que tú no te sientas sola: «No estamos solos, estamos en Sus manos y en esta experiencia todo está salvado».

Las elecciones europeas son una circunstancia que afecta a todos. El hecho de coincidir con el comienzo del trabajo sobre los Ejercicios representa una ocasión para verificar si lo que nos dijimos en Rímini tiene que ver con la vida. Todos tenemos que afrontar la convocatoria electoral y es muy significativo que muchos hayan expresado su gratitud por el manifiesto de CL: «Deseo dar las gracias al movimiento porque por primera vez me encuentro delante de una circunstancia política afrontándola como protagonista». Esta persona escribe que otras veces no se había sentido protagonista, y esta vez sí. En la web de CL tenéis muchas experiencias compartidas de personas que se han puesto en marcha, en las que se ha despertado la esperanza de la que hablábamos antes.

No te puedo ocultar que la pregunta de los Ejercicios se ha hecho en cierto modo parte integrante de mi desayuno –en sentido físico–, y por tanto cotidiana y matutina. Empezar así la jornada es diferente. Luego salió el manifiesto sobre las elecciones, que he leído y releído varias veces, encontrándome completamente de acuerdo con todos los juicios y preguntas planteadas. Pero me he descubierto en esta posición mísera: todo es muy bonito, ¿y entonces?, ¿qué tengo que votar? Como si, de alguna manera, todo lo que dice el manifiesto fuera la teoría, la parte más abstracta, pero la parte práctica, lo concreto, el voto, ¿dónde está? Me he descubierto con una división terrible entre mi experiencia y la realidad con sus circunstancias (en este caso las elecciones, pero podría haber sido cualquier otra circunstancia). ¿Qué tiene que ver la política, y por tanto estas elecciones, con la pregunta de los Ejercicios? ¿Qué significa preguntarse: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?», respecto a una realidad política que me parece exactamente lo contrario, totalmente líquida y provisional? ¿No era así ya en tiempos de Jesús? Durante tres años, los apóstoles esperaban de él una acción política frente a los romanos, los fariseos, mientras Él solo se preocupaba de hacer el cristianismo. Te pido ayuda para mirar esta postura que tengo, porque no quiero vivir esta circunstancias esperando simplemente a que pase para luego quejarme de que la sociedad no funciona y todo se va a pique.

Todos tenemos la posibilidad de ver si los Ejercicios tienen algo que ver con la circunstancia electoral. Tú nos has hablado del descubrimiento de esta división dentro de ti, que puede desembocar en una indiferencia cada vez mayor o en el cinismo. ¿Qué te ha ayudado a vencer esta división?

Me ha llamado mucho la atención un amigo que este año ha participado por primera vez en los Ejercicios de trabajadores y que, sobre el manifiesto de las europeas, me hizo esta observación: «La idea del manifiesto de ensanchar la mirada más allá de los asuntos internos e individuales para darnos cuenta del vínculo que existe entre lo que vivimos y los asuntos políticos de Europa es muy profunda y fascinante». Me llamó la atención porque me estaba diciendo que lo bonito de esta historia es que él vivía una experiencia que le había ensanchado la mirada y este era el criterio para juzgar incluso las elecciones europeas. Entonces caí en el error que yo estaba cometiendo, en mi equivocación: yo repasaba los párrafos del manifiesto como una bonita tarea que hacer, al final de la cual encontraría una respuesta concreta. En cambio, este amigo estaba haciendo otra cosa: estaba haciendo un camino donde los pasos venían marcados por lo que le había pasado; ese hecho –que para él eran los Ejercicios y el manifiesto– le había ensanchado la mirada. Esto ha sido decisivo para mí porque me ha desafiado a la hora de reconocer qué ensancha hoy mi mirada. Y no es Europa lo que ensancha mi mirada, ni este político o aquel, sino la experiencia que vivo, porque lo que vivo ya tiene las dimensiones del mundo y me llena de pasión por todo. Yo buscaba una lógica perfecta que me llevara a establecer coherentemente a quién votar, mi amigo me ha testimoniado una mirada despierta, despertada por una experiencia (la experiencia que estaba viviendo) y en tensión por mirar así cualquier circunstancia, hasta el voto. Lo fascinante de todo esto es que yo también he empezado a cambiar, porque estoy viendo a uno que no repite ni explica el manifiesto, sino que lo vive.

Lo que ha ensanchado la mirada de tu amigo, lo que le ha sacado de la reducción de la que hablábamos antes, ha sido el hecho de haber participado en los Ejercicios y haber leído el manifiesto: esto dice cuál es el recurso que tenemos para afrontar cualquier situación. En cambio, muchas veces prevalece, como decíamos, un dualismo, una terrible división entre un aspecto de la vida como la política (mañana podrá ser la familia, pasado mañana otra circunstancia, por ejemplo una enfermedad o simplemente la rutina diaria que nos paraliza) y el hecho de haber venido aquí esta noche o haber ido a los Ejercicios. Siempre me sorprende ver que a veces el último en llegar nos devuelve lo que tenemos delante de nuestros ojos pero no vemos. Es la modalidad con que el Misterio nos alcanza, como alcanzó a nuestros amigos de Perugia –lo habréis leído en la web de CL–. Ante la perplejidad de algunos del movimiento por la presunta falta de incidencia política del manifiesto, invitaron a un diálogo al exalcalde de izquierdas de una localidad de Umbría, que tomó la palabra blandiendo el manifiesto y expresando apasionadamente los motivos por los que, en su opinión, tenía una fuerza

política rompedora. «En estos ejemplos [los que señala el manifiesto, que a muchos no les dicen nada] está todo lo que la política debería mirar. [...] ¿De verdad creéis que quien escribió este manifiesto no tenía otra cosa que decir? Su contenido me parece una elección muy clara, se nos pide cambiar la mirada. [...] CL ha querido seguir esta línea para poner de manifiesto que la política no es ante todo una estrategia» («Un cambio de mirada», 18 mayo 2019). Pero esta lucidez solo es posible si uno se deja tocar por lo que sucede.

Desde hace ya tres años pasamos la Pascua con algunas familias y otros amigos: visitamos una ciudad, hacemos una fiesta, jugamos al fútbol, cantamos. Este año me ha llamado la atención porque hemos sido espectadores de una armonía muy libre; cada uno respondía a una belleza que le atraía y de la que quería formar parte. Y estando allí era incapaz de contener una pregunta sobre el nexo entre esos días y las elecciones europeas.

¿Entendéis? No ha podido evitar una pregunta sobre el «nexo».

De hecho, el manifiesto me había provocado mucho. Pero adquirió otra consistencia después de lo que pasó esos días. Antes era capaz de mirar las preguntas que plantea midiéndolas, en último término; pero después de esos días surgió un nuevo interés por las elecciones, por lo que sucedió en Padua. Entonces empecé a prestar más atención a todo el texto del manifiesto, sobre todo cuando dice que necesitamos «encontrar [...] una vida que tenga la fuerza de volver a abrirnos a la esperanza, de volver a encender en nosotros el interés por nuestra existencia y la de nuestros familiares, amigos, compañeros, vecinos». La experiencia de esta vida es lo que está haciendo posible que yo me interese por las elecciones, en un momento en que constataba en mí una indiferencia galopante sobre este aspecto de la realidad. Esta es la descripción de lo que me ha pasado: una vida que me vuelve a donar una capacidad de apego a la realidad.

¿Qué tiene que ver el manifiesto, que tienen que ver los Ejercicios con esta indiferencia? Si no nos damos cuenta, acabaremos intentando combatir solo contra las consecuencias, como la indiferencia, sin afrontar mínimamente el punto original del que nace la respuesta a esa indiferencia, que es una vida, no un discurso. La respuesta no es una exhortación, no es la mera repetición de una fórmula, ¡sino una vida! Y esto vale para todos, empezando por nosotros. De hecho, dice una de las muchas contribuciones que habéis enviado para esta noche: «El debilitamiento cada vez más visible del interés por la realidad, del que habla el manifiesto, no es ante todo un juicio sobre la sociedad, es un juicio sobre mí [muchos podríamos suscribir esto], sobre cómo miro yo normalmente la realidad». Por eso, don Giussani decía a propósito del 68: «No contraponemos una teoría, que nos parece más comprensiva y más humana, a la del Movimiento Estudiantil: oponemos una vida distinta, gracias a la cual nosotros adquirimos un modo distinto de conocer» (L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», *Huellas*, n. 3/2008). Solo una vida distinta es capaz de suscitar el interés por todo. Es lo mismo que salió durante la diaconía del CLU que hemos publicado en la web de CL y que tendréis en la revista *Huellas* de junio; respondiendo a la intervención de un universitario, decía que una vida nueva, no algo virtual sino una vida nueva, real, nueva, sobreabundante, cargada de una riqueza desbordante (como la que han vivido nuestros amigos en Pascua) es lo que permite volver a levantar la mirada (cfr. «El valor político de una experiencia», *Huellas*, n. 6/2019) e interesarse por todo.

Este año, han llegado a nuestra Escuela de comunidad unos amigos nuevos, gente de mi edad. Algunos acaban de conocer el movimiento, otros lo han reencontrado después de mucho tiempo. Una noche, después de la Escuela de comunidad, nos quedamos charlando algunos sobre política, sobre cómo podemos ofrecer una contribución a nuestra ciudad y a nuestro país. De nuestro diálogo surgía una decepción y un cinismo de fondo, parecido a lo que solemos sentir cuando vemos los debates televisivos. Era una discusión poco fascinante, que enseguida me dejó insatisfecho.

Este cinismo y decepción están en nosotros, no solo en los demás.

Unas semanas después fueron los Ejercicios de trabajadores y decidimos ir con algunos de ellos. Fueron tres días de una plenitud de vida increíble, tanto para los que iban por primera vez como para los que volvían después de veinticinco años, y también para mí, que veía cómo sus rostros se

iban mostrando cada vez más alegres y libres. De vuelta a casa, la semana siguiente, en Escuela de comunidad propusimos el manifiesto «Una presencia ante la necesidad del mundo». Los viejos y nuevos amigos intervinieron contando cómo esos días en Rímini habían transformado sus vidas y sus decisiones cotidianas en el trabajo, con sus compañeros y con sus familias. Todos testimoniaron ese cambio, uniéndolo a la belleza que habían vivido unos días antes. «Esto es», decía uno de ellos, «lo que necesita el mundo y no otra cosa; esto es lo único que puede cambiar la vida social». Cuento dos episodios. Uno de ellos nos contó que sus compañeros de trabajo le habían elegido para ir a hablar con el dueño de la empresa para abordar ciertas problemáticas laborales; como no se sentía bien, aprovechó una enfermedad para evitar la situación. Pero al volver de Rímini, en vez de quedarse en casa, prefirió enfrentarse tranquilamente con su jefe. Estaba tan contento por lo que le había pasado que se sentía libre para hablar con cualquiera. Otra amiga nos contó que, al ver a una compañera que llevaba tiempo pasando dificultades económicas, había decidido ayudarla. Consciente de que no podía hacer mucho porque en realidad ella tampoco tiene mucho dinero, habló con su marido para ver cuánto le podían ofrecer. Nos dijo que llevan casi ocho años trabajando juntas, pero solo después de los Ejercicios había sentido la necesidad de no seguir evitando esa circunstancia y ayudarla. A mi pregunta: «¿Por qué lo has hecho?», me respondió: «No sé muy bien por qué, pero seguramente tiene que ver con lo que hemos visto y vivido juntos en Rímini». Me parece que estos breves ejemplos documentan lo que dice el manifiesto: «Lo que todos necesitamos es algo que sea capaz de cambiarnos la mirada, de hacernos volver a saborear el gusto del vivir, despertando nuestras ganas de hacer algo».

¿Esto afecta a la política o no? Participar en los Ejercicios de esta manera, ¿tiene una incidencia en la política o no? Es lo que tantas veces nos dijo don Giussani: si participamos de esta vida nueva, si no vaciamos el «espesor histórico del hecho cristiano» (L. Giussani, «La larga marcha de la madurez»), sorprendemos en nosotros un cambio de mirada que hace que el trabajador se interese por su empresa y la amiga por la situación económica de su compañera. Esto significa que lo que nos hace interesarnos por todo tiene que ver con el cristianismo vivido como acontecimiento de la fe.

En muchos encuentros sobre las elecciones he visto volver a suceder el primer ejemplo del manifiesto, es decir, que la lectura de la realidad cambia durante el encuentro. En un encuentro que tuvimos con un gran economista, nos contaba con gran lucidez que el problema de Europa y de la economía moderna no es económico ni político, sino cultural: la falta de lo humano. Pero, diciendo esto, su análisis era pesimista y escéptico. Entonces yo intervine subrayando que la falta de deseo no nos deja ver las múltiples ventajas que ofrece Europa, pero en los que han aprendido a mirar este deseo sucede otra cosa. Retomando el manifiesto, señalé que en las amistades sociales ya presentes en muchos puntos de Europa se ve un cambio en acto. Al ponente le cambió la cara, se giró hacia mí y me dijo: «Sí, ese es el camino también para la macropolítica: partir de algo que ya existe». Tuve la misma experiencia en otro encuentro con un importante empresario, que decía que solo viviendo una satisfacción afectiva se puede construir una nueva política y una nueva economía. En otra ciudad, intervino también un conocido político que decía: «He dejado la política decepcionado y, aun siendo antisoberanista, me siento tan amargado que creo que tal vez tengan razón en su negatividad». Entonces dio comienzo una ráfaga de intervenciones documentando una novedad en acto como presagio de algo más grande, y también él cambió de postura. En otro encuentro, antes de empezar fuimos a comer y estaba el presidente de una asociación italo-árabe; empezamos a hablar de la caída del comunismo y le llamó la atención una cosa que luego repitió en público: Juan Pablo II entendió que, para un cambio real, no bastaba la caída del comunismo sino que hacía falta un renacimiento educativo. También ha habido otro encuentro un poco extraño: una amiga nuestra, concejal, reunió en torno al manifiesto a todo el pleno municipal; fue un debate precioso, con un clima muy amigable, donde todos partían de su posición ideal. Asombrado, exclamé: «¡Sois algo realmente extraño!». Ella me respondió: «No, no, normalmente no es así, normalmente el clima es más violento. Esta noche ha sido extraña, excepcional, porque hemos partido del contenido del manifiesto». Podría citar más ejemplos. ¿Qué me han enseñado estos hechos? Lo que he visto, también en nuestros

amigos, durante estos encuentros: un punto de partida escéptico y un cambio de cara ante una presencia, ante el relato de experiencias, como si uno hubiera visto algo que al principio no veía. Entonces me he dado cuenta de que la experiencia no es una premisa, pero cambia la forma del análisis, permite percibir hechos particulares que antes no veías y por tanto te hace llegar a una posición distinta en todos los aspectos de la realidad, incluso la vida política. Hasta el voto, ¿cómo elegir a los candidatos? Mirando quién ayuda a que crezca el deseo, las amistades sociales, las soluciones compartidas y dialogadas por el bien de Europa.

Durante una cena, hablando sobre los ejemplos citados en el manifiesto, algunos decían: «¿Pero esto qué tiene que ver con Europa?». Amigos, no olvidemos que la Europa contemporánea, de la que estamos hablando, nació de un “ejemplo”, de un acuerdo sobre el carbón y el acero alcanzado entre países que habían combatido durante la Segunda guerra mundial, empezando por Alemania y Francia. Ante una Europa destruida, cualquiera habría podido mirar ese hecho determinado, particular, con el mismo escepticismo con que tratamos los ejemplos que nos hemos contado, porque no vemos su incidencia. Pero si uno es realista, como los padres de Europa, sabe que nada se puede construir si no es en virtud de hechos reales. Así pudieron poner en marcha un hecho real y con el tiempo construyeron Europa. Como nos hemos olvidado del origen, pensamos en construir algo –en nuestra vida o en Europa– partiendo de abstracciones y no de hechos reales; lo queremos todo enseguida, aquí y ahora, ignorando algo que en cambio don Giussani tenía muy claro: «La impaciencia [que nos caracteriza] no es la última trampa sino la primera. La experiencia cristiana [...] cambiará el mundo; sin embargo, para cambiar el mundo hace falta toda la trayectoria de la historia» (L. Giussani, «La larga marcha de la madurez»). Aquel hecho aparentemente tan pequeño como el acuerdo sobre el carbón y el acero necesitó tiempo para poder desarrollarse. En 1952 (año en que entró en vigor el tratado), ¿quién iba a pensar que llegaríamos a una moneda única? «¡Estás como una cabra!», diríamos. Fijaos también en las múltiples formas de cooperación de la Unión Europea. Si no partimos de transformaciones ya en acto, pensamos que el cambio es una abstracción. Partir de algo que ya existe representa la única posibilidad de construir. Cuando uno empieza a dar valor a los hechos, empieza a ver cosas que antes no veía, y a darse cuenta de que hace falta una inversión de método: esto es lo que tenemos que aprender. Don Giussani nos decía a principios de los años setenta (¡cuánto tiempo necesitamos para entender!): «No contraponemos una teoría [...] [sino que] oponemos una vida». ¿Y cuál es esta vida? ¿Dónde se muestra esta vida? ¿Cómo se expresa? «La madurez [...] se expresa [...] como pasión por la Iglesia de Dios para que viva visiblemente allí donde estamos [...] [y que] suponga un bien para el barrio, la universidad, el trabajo, la parroquia, un bien para el mundo. Una presencia encarnada, ¡realmente encarnada!» (*ibidem*). Aquí reside la posibilidad de cambiar, pieza a pieza, la realidad en que vivimos, para todos. Nadie queda excluido de esta tarea en el mundo en que vive, en el pedazo de realidad que toca, en la circunstancia que se encuentra viviendo, en el barrio, la universidad, la escuela, el trabajo, hasta la política. Pero, como decíamos al principio, solo lo entiende quien se involucra en una experiencia como esta y empieza a ver el cambio en acto.

Algunos de nuestra comunidad son candidatos, sobre todo en varios pueblos, gente que no necesariamente se dedica a la política. Esto me ha ayudado a entender el valor político del hecho de Cristo y de la comunidad. De hecho, estas personas se presentan en pueblos donde la comunidad físicamente no existe; a veces son solo el marido y la mujer o un par de familias. Pero la comunidad existe, porque –lo digo pensando en historias que me han contado, historias concretas– es el lugar que genera en ellos esta gran disponibilidad y les sostiene. El episodio tal vez más llamativo sucedió en un pueblo donde se presentaba un joven de la comunidad. Allí hay un puñado de veteranos del movimiento, implicados en la vida del pueblo de toda la vida. Uno de ellos era “el” candidato: un hombre apasionado al que podríamos decir que le había llegado su momento. Pero, nada más conocer al joven, se entusiasmó tanto que se echó a un lado y ahora está haciendo la campaña electoral con y para él. El joven, aparte del estupor por cómo le están acompañando estos adultos, está impactado por la relevancia que tienen estos pocos en el pueblo. No han conquistado puestos de relieve desde un punto de vista político, pero son muy conocidos y estimados. Son un sujeto

político. Me sorprenden las muchas y nuevas provocaciones que surgen de las preguntas del manifiesto (*¡provocaciones fuertes!*), que han encontrado cierta resistencia en la gente que hemos invitado a los encuentros públicos, que son un verdadero desafío y que hacen nacer otras preguntas. Entonces, después de ir viendo las preguntas una a una, decidimos juntarnos para trabajar juntos el texto «La larga marcha de la madurez», de 1972. Hubo una discusión muy interesante a partir de la pregunta de una amiga, provocada por el hecho de que en un lugar donde viven algunos de nosotros hay elecciones municipales y la gente de la comunidad tiene posiciones distintas, dispares. La pregunta se desató a raíz de esta afirmación: «Solo una expresión cultural que nace de una experiencia unitaria puede hacernos capaces de alcanzar un juicio unitario sobre la situación. En cambio [...] (hablo de GS y GL de entonces), se pasó a exaltar como obvia la disparidad de actitudes a la hora de afrontar las situaciones; aunque luego, en el aspecto organizativo, en cuanto detentaban cierto poder imponían a todos su propia interpretación» (ibidem). Ante la disparidad de posiciones que decía, muchas veces a trompicones por un lado y por otro, el camino que durante la discusión se percibía como más interesante era, más que acercarse y reconciliarse entre ellos buscando una unidad “horizontal”, el camino hacia la Verdad, hacia Cristo. Todo esto tiene que ver ante todo con la unidad de la persona y de la experiencia que vivimos juntos, pero que sucede en la persona. Por tanto, la pregunta que nos surgía es esta: ¿qué significa que «una experiencia unitaria puede hacernos capaces de alcanzar un juicio unitario»? Mientras discutíamos entre nosotros, era como si hubiera dos niveles de unidad: la unidad personal y luego la unidad de la comunidad.

Intenta explicar cuál es la relación entre la unidad de la persona y la de la comunidad.

Para mí la respuesta es sencilla, mirando sobre todo a los amigos de los que hablaba. Lo que ha hecho posible que estos se juntaran (incluso el que se presentó y luego se retiró) es que son personas enamoradas de Cristo, enamoradas del hecho de Cristo.

Me llama muchísimo la atención esta intervención. Nos encontramos delante de dos situaciones. La segunda descrita, donde la gente de la comunidad tiene posiciones distintas y uno se pregunta: «¿Cómo podemos resolver esta división? Habría que llegar a una unidad». Para poder llegar a esta unidad, puesto que no la alcanzamos discutiendo, ¿qué tendría que suceder? ¿Debería intervenir el movimiento para poner orden? Entonces llegaríamos, como dice Giussani, a una decisión organizativa por parte de quien tiene el poder. Por eso me ha sorprendido tanto el primer episodio que has contado. ¿Qué ha hecho que el candidato *senior*, que era “el” candidato, cediera su puesto a un joven? ¿Qué puede llenar tanto el corazón de una persona como para llevarle a ceder a otro su propio puesto en una lista, y ponerse a trabajar con él, cuando lo normal es litigar y discutir por ver quién “se lleva el gato al agua”, es decir, que cada uno arrime el agua a su molino? Esto nos sorprende porque es algo absolutamente único. Tú hablabas de estar enamorados de Cristo. Yo digo: por la plenitud que viven gracias al encuentro que han tenido, algunos se encuentran viviendo tal experiencia de unidad de su propia persona y de unidad con otros que están aferrados por el mismo encuentro y, sin que tenga que intervenir ningún poder externo, nace en ellos un juicio común, de esa experiencia unitaria brota una expresión cultural unida, también en política. Durante años, hemos creído que esto podría suceder, en consecuencia hemos pensado que para resolver litigios y controversias tendría que intervenir organizativamente la autoridad. Así, hemos tenido que esperar décadas para ver cómo se puede llegar a una expresión unitaria incluso en política, que es el ámbito más complicado. «Solo una expresión cultural que nace de una experiencia unitaria [y por tanto de la plenitud que uno vive] puede hacernos capaces de alcanzar un juicio unitario sobre la situación», un juicio no impuesto por el poder o la organización, precisamente porque nace de la experiencia. Entonces nos sorprende ver suceder lo que pensábamos que no podía pasar. Solo secundando el método de Dios, tomando en serio la pregunta que nos hemos planteado y la propuesta de la fe como respuesta a esta pregunta, podemos vivir una experiencia unitaria tan radical y profunda que llegue a expresarse incluso políticamente en una unidad visible. El episodio de los dos candidatos —el *senior* y el joven— me deja sin palabras, porque es lo que durante décadas hemos creído que era imposible. Esta unidad es tan única que da testimonio de Cristo, porque lo único que la hace posible es Cristo presente, vivo: está generada por esa experiencia de plenitud que Cristo logra darnos cuando nosotros le acogemos. Es la única manera

de poder alcanzarla. Solo esto permite a una persona ceder su puesto a otro. Viviendo una plenitud en el presente, no necesita ese puesto para llenar un vacío; más aún, puede ponerse al servicio del último que llega. Esta es la verdadera unidad que testimonia Cristo, mientras que la división elimina la capacidad de testimonio del hecho cristiano. Y el hecho de que deba intervenir el poder, la organización, el que guía, para “unir” es el signo de que no logramos vivir una experiencia unida, es el reconocimiento del dualismo, la victoria del dualismo. En cambio, nosotros podemos hablar de los Ejercicios y llegar a las elecciones, como hemos visto esta noche. Por eso, justo después de la frase que acaban de citar en la última intervención, don Giussani continúa diciendo: «Se produjo una división ante la provocación contingente del mundo [...], una división terrible que [...] vacía la capacidad de testimonio del Hecho cristiano ante el mundo mismo. El testimonio del Hecho cristiano ante el mundo está en su capacidad de responder [de hecho, los cristianos se hacen presentes en cuanto unidos responden] a la necesidad del mundo» (*ibidem*). Por eso, cuando sucede la victoria sobre el dualismo y sobre la división, uno se pregunta: ¿cómo un *senior* ha podido realizar este gesto con un joven? Solo por la experiencia de la fe. Sin la experiencia de la fe, y por tanto sin ir hasta el fondo de la pregunta de los Ejercicios, es imposible que podamos dar testimonio público de esta unidad, hasta en la política. Una unidad como esta no puede imponerse desde fuera; debe nacer de la unidad del yo, de la unidad vivida de mi yo con el yo de aquellos que han sido aferrados por el mismo gesto de Cristo («Los que os habéis bautizado en Cristo os habéis revestido de Cristo, [...] todos vosotros sois uno en Cristo Jesús»; cfr. *Gal* 3,26-28): eso es lo que genera un movimiento unitario que se expresa en todo, hasta en la política. Este es el desafío al que nos enfrentamos, por eso las elecciones son una ocasión privilegiada para verificar la fe, como nos hemos dicho, para verificar qué significan los ejercicios, qué significa “políticamente” haber venido aquí esta noche, como reconocía un obispo al que le contaba una historia de acogida, que dijo: «Parece una cosa pequeñísima e insignificante, pero es la respuesta a toda la tiniebla que rodea el mundo».

La próxima Escuela de comunidad será el miércoles 19 de junio a las 21:00 horas. Empezaremos a retomar la primera lección de los Ejercicios de la Fraternidad, junto a las preguntas de la asamblea correspondientes al tema de la primera lección.

El texto de los Ejercicios estará disponible en la página web de CL. El cuadernillo irá adjunto al número de *Huellas* de junio. Además, también en la web, podéis encontrar el audio con la lectura de la primera lección en italiano. Muchos ya han descargado el audio de la introducción porque puede ser útil durante los desplazamientos en coche.

Huellas de mayo, con el título *Las Américas*, documenta cómo ven y cómo viven el carisma de don Giussani los que lo encuentran hoy, desde Canadá hasta la Argentina. Una vida que dilata la vida, como testimonian también las cartas, artículos y entrevistas que podéis leer.

Proponemos algunos libros para el verano:

- *La verità nasce dalla carne*, de Luigi Giussani (volumen 3 de la serie Bur Rizzoli “Cristianesimo alla prova”), que recoge los ejercicios de la Fraternidad celebrados de 1988 a 1990.
- *Coros de “La Roca”*, de T.S. Eliot.

Y dos novelas que acompañan el trabajo sobre los Ejercicios:

- *Barrabás*, de Pär Lagerkvist (Ediciones Encuentro)
- *La casa degli sguardi*, de Daniele Mencarelli (Mondadori)

Trabajo como voluntario en el Meeting de Rímimi. Este año también se pide especialmente la participación de los adultos tanto en el pre-Meeting como en el Meeting.

Para informarse hay que escribir a la dirección de correo electrónico: volontari@meetingrimini.org
Os señalo también que el sábado 1 de junio en numerosas plazas de Italia se celebrará el evento Meet the Meeting, para sostener e invitar al Meeting.

El 1 de mayo se abrió el Año jubilar dedicado a San Ricardo Pampuri, en el trigésimo aniversario de su canonización. Como muchos de vosotros sabéis, don Giussani siempre nos habló de san Riccardo como de un santo “cercano” a nosotros. Inicialmente por la curación de una persona amiga y luego por muchos otros milagros. Nos recomendaba rezarle y nos decía que «la devoción a los santos tiene un significado especial cuando son contemporáneos: nos recuerdan que el misterio de Cristo está presente entre nosotros» (*El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 26). El Jubileo durará un año; es posible obtener la Indulgencia plenaria participando en las celebraciones jubilares y rezando delante de las reliquias del santo en la iglesia parroquial de Trivolzio.
Más información: www.giubileosanriccardopampuri.it

Veni Sancte Spiritus

¡Buenas noches a todos!